

La salud postmodernista

PABLO RUIZ JARABO*

Mejor es sano que poderlo ser y mejor es poder ser doliente que ser enfermo por acto. Hace quinientos años, la Celestina reflejaba un deseo compartido en todas las épocas y lugares: tal vez sea la enfermedad el estado más rechazado por el hombre. Se puede desear la soledad del uraño, la escasez del eremita, incluso la muerte del suicida, pero nadie quiere enfermar. No figura como mérito en el manual de ningún asceta, no es medio para fin alguno. Es sufrimiento que desobedece las leyes de la contabilidad humana: es pasivo sin compensación alguna.

Hoy somos más conscientes que nunca de lo gratuito de una enfermedad porque la renuncia que nos impone es mayor y más concreta. El

progreso ha convertido en posibilidades lo que antes eran sueños. El placer conjugado en todos los verbos posibles —viajes, vacaciones, arte, deporte— y las perspectivas profesionales —desde el vil dinero hasta los oficios más especializados— nos permiten abrigar proyectos realizables durante una vida que se ha prolongado por décadas. La enfermedad nos trunca muchos más planes vitales que a nuestros abuelos y por eso la combatimos con más ahínco. Además, no estamos solos: la ciencia progresa traspasando los límites sagrados. Los órganos de los muertos salvan a los vivos, los óvulos fecundados se convierten en frutos de vida, el gen se deja cincelar por el científico. La ciencia médica apuntala nuestra exigencia de salud a cualquier precio con noticias

* Diplomático

sorprendentes y convierte el anhelo de cura en lógica de la espera.

O al menos así era hasta hace poco, porque un cierto pesimismo barrunta en el horizonte. Si la victoria contra la polio o la viruela habían convertido a la ciencia en invicta a medio plazo, hoy hay enfermedades que insisten en cobrar su tasa de sufrimiento resistiéndose a la medicina. El sida, una enfermedad universal, ha volado por los aires los cimientos de la confianza en el progreso interminable. Y lo ha hecho con ironía insultante al elegir como campo de batalla una de las supuestas victorias del supuesto progreso: la libertad sexual. La nueva frontera de la ciencia se ha revelado entonces un Waterloo interminable, donde a un virus vencido le sustituye otro que acude inesperadamente a inclinar la balanza hacia su lado más negro. Y la batalla vuelve a empezar, pero esta vez jalonada para nosotros de éxito y fracasos, no sólo de victorias. El carácter expansivo del síndrome de inmunodeficiencia y su irrupción en el Olimpo de los ídolos de nuestro tiempo en forma de actores, cantantes o escritores, ha contribuido a la instalación de esa cierta inquietud. Además no está solo, posee nutrida retaguardia: cada vez más insistentes las advertencias de la comunicación científica sobre el agotamiento de nuestra mejor infantería, los antibióticos. Su uso indiscriminado les ha permitido desarrollar resistencias que los podían convertir en inútiles. Si el azar acompañó a su descubridor, Fleming, el abuso puede convertirlos en pólvora mojada. A costa de enfermedades que renacen como la tuberculosis, quedaría de nuevo demostrado hasta qué punto los grandes individuos nos abren camino que los demás cerramos innecesariamente.

La otra nube se compone de escepticismo y apatía sociales ante las advertencias científicas sobre nuestras costumbres más malsanas. Aunque el discurso médico insiste cada vez más en la necesidad de la prevención, una quinta columna inmersa en el subconsciente se resiste

en un macabro ejercicio destructivo. El ejemplo más evidente atañe a nuestros cuerpos: las conquistas médicas se han materializado en vidas individuales donde la cincuentena ha pasado de decrepita a pletórica. En plena madurez, el hombre medio occidental apenas ve mermadas sus facultades y posee ante sí una perspectiva de muchos años sanos por vivir. Ulises se equivocó, el hombre ya no usa tres patas de viejo porque se vale por sí mismo por mucho más tiempo. Pero en vez de halagarnos en la autosatisfacción, hemos engendrado creencias absurdamente compensatorias. Ya se sabe, la belleza, como el oro, tiene que ser escasa para tener valor. Por eso, para que no se devaluase ante tanto físico bien conservado, hemos restringido su concepto hasta la juventud más estricta y exagerada. La perfección ha pasado de la piedra de la escultura a la carne del adolescente. La anorexia, donde obedecer un canon de belleza llega a convertirse en un valor más elevado que la misma supervivencia —adelgazar o morir, por ridículo que suene—, es la mortal exageración de este nuevo desorden de las cosas mientras que los medios de comunicación insisten en mostrar un mundo de perfección física tan inalcanzable como efímero. Si la especie humana debe huir de la autocomplacencia y responder a una nueva conquista con nuevos desafíos, esta vez el mecanismo de superación se ha disparado sin lógica que lo controle y se ha puesto al servicio de la aberración, no del progreso; de la destrucción, no de la vida. Lo frívolo —el cuerpo escultural— se ha convertido en sagrado, y lo sagrado —la supervivencia— en frívolo. Cada año, 1000 mujeres norteamericanas se sacrifican por esta divinidad creada por la sociedad.

Y es que el progreso científico no sólo encuentra enemigos invencibles en el laboratorio. Ha identificado en nuestras vidas de oficinistas urbanos peligros que jalonan las jornadas, asesinos silenciosos que merman nuestra salud: sedentarismo, stress, comida rápida,

contaminación. En vano nos reclama que introduzcamos ciertos cambios en nuestro régimen de vida: lejos de hacerle caso, insistimos en el sacrificio de nuestra salud en aras de éxito, de riqueza y de otros señoríos dispuestos a se acabar y consumir. Las sociedades occidentales son cada vez más ricas y la ciencia nos permite disfrutar de la abundancia con salud, pero la manida competencia nos impone un régimen de vida propia del guerrero. En una peligrosa incoherencia, exigimos cura cuando la enfermedad se instala en nosotros a la vez que vivimos malsanamente en aras de triunfos efímeros. *Sólo pensamos comprar aquellas cosas que suponen dispendio de dinero, mientras creemos que son de balde las que pagamos con nosotros mismos.* Si ya ocurría en tiempos de Séneca, queda una vez más en evidencia la disociación entre progreso científico y moral.

Si en algún sitio la estupidez puede a la ciencia es, cómo no, en el Tercer Mundo. El pasado 28 de Julio, la revista inglesa *The Economist* publicaba un interesante artículo cuyo título lo dice todo: *Cómo la guerra de Angola protege la polio.* A pesar de la facilidad de vacunar masivamente contra esta enfermedad, los reyezuelos del suroeste africano obstaculizan tan noble trabajo condenando a muchos niños a la deformidad, se entiende que en aras de la alta política. De la situación de tantos países que sufren desnutrición y que hospedan al principal asesino de la Humanidad, la malaria, poco hay que añadir. Sí es criticable el discurso que insiste continuamente en culpabilizar a Occidente y en enderezar tan lamentable situación con cooperación exclusivamente sanitaria, olvidando que la mejor medicina es la renta per cápita; quien pasa hambre en Delhi o en Lagos no necesita alimentos, sino dinero con que comprarlos en los copiosos mercados de las megápolis africanas o asiáticas. Mientras, los dirigentes que se

niegan a aplicar políticas más justas de reparto de rentas a sus pueblos acuden fervorosamente a las clínicas suizas o londinenses a curar sus propios males, porque la caridad empieza por uno mismo.

El médico se enfrenta no sólo a esa Naturaleza tan bella como letal, sino al hombre que se niega a sí mismo la salud. En Occidente, su consejo se convierte en letanía que provoca en el destinatario un propósito de la enmienda que claudicará al enfrentarse al próximo expediente laboral o tentación culinaria; en el Sur, su labor es más heroica al chocar con un orden social más mortífero que la peor de las bacterias, y que no va a cambiar con facilidad. Es Prometeo que descubre en el laboratorio sus limitaciones y Casandra que inspira el escepticismo en los destinatarios de sus oráculos. Lo primero es inevitable: nosotros no hicimos el mundo, y su dosis de mal que se ceba en nuestros cuerpos siempre estará presente. Lo segundo es preocupante. Hay datos provenientes de dos de las sociedades más desarrolladas del Planeta que muestran los claroscuros de esta tragedia gratuita. Mientras en los Estados Unidos las intensas campañas a favor del deporte y de los cambios de alimentación han provocado entre 1985 y 1995 un descenso del 22 por ciento en la tasa de muerte por enfermedades cardiovasculares, en Japón ya son varias las indemnizaciones que las empresas han pagado a muchas viudas por imponer un régimen de trabajo que, sencillamente, ha matado antes de tiempo a sus maridos.

Tal vez lo absurdo de estas actitudes sea sólo apariencia y una lógica tremenda lo explique todo. En el caso del dictador que dispone de vida y hacienda de sus súbditos, su esquilmación es la condición previa para recibir el mejor tratamiento médico cuando la fatalidad llame a su puerta y se instale en su cuerpo burlando a su guardia pretoriana. Su conducta obedece a un fin lógico, la propia salud, salvo que a costa de los demás. El hombre occidental,

afortunadamente algo más dueño de su destino, tal vez opte por el abandono hacia sí mismo por otra conveniencia. Después de todo, el afán regulador de las sociedades desarrolladas pretende convertir la mesa en disciplina más que disfrute, y si los placeres transgreden normas, también las sanitarias, se convierten en pecados, que son placeres superlativos. Sin embargo, la búsqueda del placer no explica ese afán del profesional por las largas jornadas que no dejan tiempo libre para el deporte corporal ni la relajación espiritual. La ética protestante trasladada a un capitalismo que insiste en el trabajo continuo y en una actividad frenética hasta en el ocio se contradice con la medicina en un nuevo conflicto entre ciencia y religión que ha pasado de los argumentos filosóficos a la tensión arterial.

¿Y si hasta ese hacer por hacer a costa de nuestra salud tuviese un sentido?. En la comedia humana no faltan largos actos de familiares y amigos en los que la enfermedad ha truncado vidas, hasta niñeces y juventudes, en un largo drama falto de suspense porque el cruel desenlace se conocía desde el principio. En una triste contradicción, la mayor salud de todos avalada por la ciencia contrasta con la mayor presencia de la enfermedad: muchos enfermos que antes simplemente morían, hoy se mantienen postrados durante años, tan inhábiles como vivos gracias a un artificio de los médicos que antes resolvía drásticamente la Naturaleza. Y a medida que progresamos, el autor de la obra insiste con un barroquismo petulante en alargar las funciones, sabiendo que la ciencia perfeccionada va a obligar a los actores a prolongar la tragedia de lo incurable. Mientras la eutanasia va instalándose lentamente como dudoso valor social, tanta fatalidad sólo dejaría hueco para dos alternativas radicales y excluyentes: el abandono total o la entrega ciega y huidiza a un afán ordenador de un mundo en que, a

medida que se avanza, el personaje más desagradable mantiene el monopolio del desenlace e incluso alarga su papel. Frente a la anarquía del Destino, la previsión de la planificación activa para conseguir así el olvido de lo inevitable.

Consuela un poco —¿consuelo también huidizo?— comprobar cómo el arte ya ha superado a la ciencia y a tanto prejuicio. Esa contradicción entre medicina y sociedad ya fue magistralmente reflejada por Pío Baroja en su novela *El árbol de la ciencia*. Afortunadamente, lo que tiene el libro de profeta no ha tenido éxito en su tierra. Desconocedor de ese estado de bienestar que ha expandido la salud y que hoy tantos insisten en dismantelar, él auguraba una España donde los ricos cada vez serían más sanos, mientras que los pobres se estancarían en su malsana hambre. Si en vez de España se hubiese referido al Planeta, su profecía sí hubiese sido acertada.

Tanto éxito médico, tanto descubrimiento, dejará siempre un gusto amargo como el buen chocolate, porque no llegará a todos, por falta de medios o de voluntad; porque compartirá cartel con nuevas enfermedades; y en definitiva, porque deberá enfrentarse a la tragedia individual e inevitable de una decadencia biológica que se pueda retrasar pero no vencer, y que no dejará de mostrarnos su superioridad jugando con sorpresa. Después de todo, sólo pudo con ella Dorian Gray, y le costó lo suyo: un pacto con el Diablo y una estúpida arrogancia por creerse lo que no era. Y ni siquiera su victoria fue completa. El arte del autor de la novela eligió que fuese también el arte, en forma de pintura, el que reflejase el paulatino decaimiento del personaje y las cicatrices de sus vicios. Y de repente la acuarela se hizo carne, y se plasmó con todos sus horrores en la cara del protagonista quien se hizo viejo en media página: ni siquiera el genio de Oscar Wilde pudo huir de la ley eterna de la finitud de cada uno. A pesar de todo ello, que el

pesimismo creciente y el escepticismo innato, impulsados por los vientos de las restricciones presupuestarias, no desemboquen en un relativismo crítico del esfuerzo investigador y sanitario: del esfuerzo, en suma, de la sociedad por superarse.